

sombras y del silencio. La fiesta terminaba. La escena desaparecía poco a poco a la manera que se desvanece el colorido en la perspectiva aérea de un cuadro. Noche deliciosa, adiós. El día te seguirá, acaso triste y afanoso. Así pasa veloz la vida; así, tras el primer beso de amor, llega ¡ay!, y nunca tarde, el suspiro de la última agonía.

Ya las copas flexibles y pampanosas de los árboles se mecían blandamente al soplo de las auras matutinas. Rayos de luz rosada se cruzaban en el nacarado oriente y las sombras fugitivas corrían veloces a ocultarse tras el opuesto horizonte.

Si el tiempo de que disponemos en esta lectura no estuviese limitado y no fuera la índole de estas notas referirse especialmente a algunos maestros de la literatura venezolana en su primera época, insistiría ahora en inquirir cómo desde sus orígenes y bajo la inevitable presión de influencias ajenas, van nuestras letras solicitando caracteres propios, según ya apunta en Andrés Bello y, en el género festivo, para citar un ejemplo, en estas escenas de la descripción de una fiesta de toros, por Jesús María Sistiaga: juego de valor y galantería y en el que para el jinete y su dama, bastaban la calle adornada con banderolas y cintas multicolores, en la alegre tarde de los domingos populares; democrático deporte, más de acuerdo que otros de moderna introducción, con las viejas costumbres venezolanas, heredadas, por cierto, de esta clara Andalucía de nuestros abuelos:

Era la tarde de un hermoso día
En que todo convida a la alegría;
El sol recoge un tanto
Su comburente manto
Y por los aires trina
Sus cantos latinosos
En dejos amorosos
La tierna golondria:
Mil bellezas galanas
Adornan las ventanas
De cuatro calles reales
Cercadas por los puntos cardinales.
Ello es que había novillos
Con lazos en los cuernos, amarillos,
Juntos en el toril, como en chiquero:
La tarde, lo olvidaba, era de Enero.

Pues, señores, al caso!
Veinte potros al paso,
Rucios, zainos, overos,
Van montados por sendos caballeros,
Llamados en la silla hacia adelante
Con un aire triunfante,
Como que en tales sustos y tropeles
Han de segar manojos de laureles.
El uno allá en la esquina
Requiere su pretina
Y ajusta por entero
La robusta cintura con un cuero;
El otro que la cincha siente floja,
Del caballo se arroja
Y alzando la coraza con la frente
La aprieta fuertemente;
Que es cosa dura y de muy mal agüero

Salirse por las ancas de un trotero;
Cual, viendo a su querida
Tras la reja escondida,
Ase del hierro con robusta mano,
Sobre un estribo, ufano,
Descuelga el cuerpo todo
Con garbo y de tal modo
Que escuche la querella
De su amorosa bella
Para que no se exponga de tal suerte
A recibir la muerte;
Todo con gran secreto,
Que es hombre el coleador azaz discreto.
Mas... ay... que ya revienta
Enhiesta la cerviz,
Alta la cola,
Cual bala de pistola,
Un novillo de cuenta,
Rasgando el aire con la hendida planta
Con tal velocidad, con furia tanta,
Que la calle despeja
Y todo el mundo ceja
Huyendo cual bandada de palomas;
Que la fiera, por Dios, no está de bromas.

Pues como iba diciendo de mi cuenta,
Más ligero que el viento
Corría, desalado,
Un novillo encerado
Y detrás, cual cohetes,
Un grupo de ginetes
Disputando con voces y con maña
La cola de la rápida alimaña:
Horrible trance, fiero,
Para el toro, caballo y caballero.
En ese crudo instante
No hay nada que no espante
A los espectadores,
Ni que arredre a los bravos coleadores,
Que para ver contentas a sus damas
Son hombres que se arrojan a las llamas.
Firmes en los arzones,
Recogido el aliento,
Sin compasión ni tiento
Aguajan sus bridones
Y aprietan las rodillas
Y crujen de los potros las costillas;
Que les va en su destreza
El puntillo de honor y la cabeza.

¡Oh distracción preciosa,
La más grata y sabrosa
Que pueden contemplar humanos ojos!
Casi me dan antojos
De retar a los pueblos de la Europa,
Que marchan viento en popa,
A que digan si puede haber cultura
Donde no hay coleadura,
O si pueden haber artes y ciencias
Sin aquellas torunas emergencias.

Yo pues que sólo he sido
Un narrador cumplido,
Doy gracias al Eterno,
Pues que, por su bondad o su clemencia
Escribo aquí donde la misma ciencia
No vale tanto como vale un cuerno.

Ved ahora esta yerbecilla de la poesía
anónima de nuestro pueblo y expresión del

alma llanera, arrancada al pasar, entre
mil, del suelo inmenso de la Pampa vene-
zolana:

Mataron a Pedro León,
el de la yegua alazana
y regó toa la sabana
con sangre del corazón.

Noche, tristeza, dolor.
Junto al tranquero del hato
lloran el toro araguato
y el turupial cantador.

Los caimanes en el caño,
las yerbas en la pradera
y entre el mogote la fiera,
suspiran un mismo daño.

Mataron a Pedro León.
No se murió de un lanzazo;
lo hallaron junto a un yaguazo
estirao y caritieso.

Mataron a Pedro León...
Catira, tú, con un beso,
Le arracaste el corazón.

Los graciosos versos de Jesús María Sistiaga y el trágico poemita criollo de amor popular que acabo de leerlos, podrían servir de introducción a un esbozo del folklore venezolano, ya imposible de hacer memoria por la extensión de este comentario, así como estudiar, siquiera ligeramente, la evolución de nuestra literatura vernácula a lo largo del siglo XIX hasta los días presentes y a la que críticos, periodistas y diletantes extraños no han solido prestar tan delicada o curiosa atención como a la de otros países americanos, en ese sentido más afortunados, quizás por suponer también pobre nuestro territorio espiritual, o tal vez por obra del carácter de nuestros escritores que, por lo regular, sea por orgullo o por desconocimiento de su propio valer, se satisfacen con el aplauso discreto o generoso de reducidos círculos, sin aspirar a más ruidosas o halagüeñas glorias. Mayor tiempo requeriría sólo la enumeración de los grandes y en ocasiones magistrales poetas y prosistas de este período, además con el peligro de incurrir en omisiones que, no por involuntarias, dejarían de provocar resentimientos en la viviente grey intelectual y acaso desatar sobre mi débil cabeza el proverbial genio irritable de los vates inocentemente preteridos. Mas ello es, como final y resumen de esta ya fatigante lectura, que en Venezuela, a través de nuestra existencia, casi siempre azarosa, ha subsistido el amor a la belleza artística y el culto de los nobles pensamientos y que poemas, novelas, estudios históricos y críticos, expresan entre nosotros, por lo general hoy mejor que ayer, nuestras modalidades geográficas, morales y verbales y reflejan ahora con más exactitud nuestros paisajes y ambientes, sin duda con la marcada tendencia a lograr, dentro de la tradición de la gran Sociedad de naciones hispano parlantes, nuestra completa autonomía literaria.

Pedro Emilio Coll